

se pelarán después las barbas, viendo la ventura que pierden.

Y, de súbito, todos sintieron el transporte de la acción admirable, y dieron por echada la suerte. No cabía retroceder.



V

EN PLENA CONQUISTA

Al través de la encantada é insalubre *tierra caliente*, empezó Cortés á ascender, con su reducido ejército, hacia Tenochtitlán. Pasada la región, llena de aromas y aves de irisado plumaje, en que crecen el cacao y la vainilla, treparon por las ásperas cordilleras. Dejaba Cortés cincuenta hombres en Veracruz, al mando de Juan de Escalante, uno de sus mejores capitanes.

Le acompañaban cuarenta nobles zempoaltecas, ó como auxiliares, ó quizás, en su intención, como rehenes. Al llegar á la

ciudad de Zocotlan, que formaba parte del Imperio mexicano y estaba guarnecida por cinco mil guerreros, el cacique local, Olintel, rehusó dar á los españoles oro alguno sin orden previa de Moctezuma. Vacilaba Cortés en la dirección que debía tomar para seguir su ruta hacia la capital mexicana: Olintel le aconsejaba que por Cholula; pero los aliados zempoaltecas le indicaron el camino de Tlascala, dictamen que siguió, y fué la salvación de la hueste española.

Tlascala constituía una república oligárquica, regida por un Senado. Estos nombres huelen á romanos y griegos, y son, sin embargo, los únicos que convienen al organismo político de Tlascala, porque no hay tantos sistemas de gobierno que establecer en el mundo. Eran los de Tlascala procedentes de la tribu invasora de los Chichimecas, muy belicosos, y siempre en pleito con los pueblos vecinos. Asentada ya su soberanía, mostráronse rivales del Imperio azteca, cuya pérdida estaban destinados á causar.

Obedecía Tlascala á cuatro *Jefes de hombres*, hallándose el Estado como dividido en otras tantas pequeñas monarquías. Y la aristocracia, reunida en Asamblea (forma que encontramos en varias civilizaciones primitivas, hasta en la celtíbera), decidía las guerras y las paces. La valiente república estaba bien fortificada y defendida, y adoraba — bajo otro nombre — al dios feroz, á Huchilobos. Tlascala significaba “tierra del pan”, por la abundancia de maíz que producía aquel suelo.

Deliberó el Senado de Tlascala si admitir á los héroes extranjeros (así los calificaban), y, de los cuatro señores ó régulos que se repartían el Poder, hubo uno, Jicotencal el viejo, que se opuso tenazmente á tal admisión.

—Es agravio para Tlascala—argüía— que parezca que no puede resistir á unos cuantos extranjeros valerosos. No les creáis dioses; como nosotros, son mortales.

Tras varias disputas, se acordó que saliese á cerrarles el paso Jicotencal el mo-

zo, con fuerzas escogidas. Empeñada fué la acción, y nutrido era el ejército tlascalteca. La artillería y los caballos dieron la ventaja á los españoles, que acamparon en territorio próximo á la capital; pero Jicotencal el mozo volvía ya sobre ellos con otra hueste numerosa, y á su arremetida precedió una bravata caballeresca: envió á los españoles, de regalo, gallipavos y otros víveres, diciendo que no quería venderles por hambre, y que comiesen bien antes de verse con él las caras. Por primera vez, ante aquel héroe joven, sintieron algo de recelo los españoles, comparando sus fuerzas y suponiendo milagroso poder salir del trance; y, confesándose, se prepararon á la muerte.

Cuatro horas duró la batalla. A pesar de la bravura de los tlascaltecas, también los españoles llevaron la mejor parte. Todavía quisieron los de Tlascala atacarles de noche, pues los agoreros les decían que, como hijos del sol, sólo de noche podían aquellos barbudos ser vencidos; pero los

espías enviados para preparar el ataque nocturno fueron descubiertos y castigados severamente por Cortés, y una nueva pelea consumó la derrota de Tlascala. A pesar de la oposición de Jicotencal el mozo, no difirieron más los tlascaltecas el pedir la paz, y aun la concordia, temerosos de que los españoles se aliasen con Moctezuma, que acababa de enviarles otra embajada nueva. Esperaban que Cortés les otorgase lo que tanto estimaban, lo que más les movía á luchar con el Imperio: la sal, artículo de primera necesidad, que monopolizaba Moctezuma.

Hechas paces y amistades, conviene decir que Tlascala, que al principio obró con mala fe, después se mostró adicta y leal hasta lo sumo, y fué el sostén de Cortés en su magna empresa. La capital de la viril república recibió en triunfo á los españoles el 26 de Septiembre de 1519. Danzas y fiestas acompañaron su entrada. Doncellas tlascaltecas de la primera nobleza—pues en el Nuevo Continente la genealogía se

tuvo muy en cuenta, y estuvo bien definida la jerarquía social—se bautizaron, y fueron ofrecidas á los capitanes de Cortés. De la hermana de Jicotencal hubo Pedro de Alvarado sucesión, y hoy corre sangre suya por las venas de la grandeza española. Sin embargo, no quisieron renunciar á sus dioses los tlascaltecas, y se limitaron á soltar de sus jaulas, á ruegos de Cortés, á los prisioneros destinados al sacrificio.

En Tlascala se repusieron de sus fatigas y quebrantos los españoles, y al seguir la marcha hacia la capital del Imperio, terminó, al fin, Cortés pasar por Cholula, después de algunas vacilaciones, sugeridas por las noticias de la perfidia y doblez de los cholultecas.

Era Cholula la ciudad sacerdotal y teocrática por excelencia, en un país esencialmente religioso: Roma del Anahuac la llama un historiador. Sólo que, en vez de adorarse allí al tremendo Huchilobos, consagrábase culto ferviente al dios Quetzalcoal, el bienhechor barbado y blanco que

desapareció en el esquife prodigioso. Estaba Cholula cuajada de vastos templos y de adoratorios chicos, y frecuentemente cuajaban sus calles filas de peregrinos, venidos de puntos muy distantes á hacer sus devociones. No entenderíamos bien esta civilización del Anahuac si desconociésemos su carácter de religiosidad profunda, más visible en la ciudad sagrada donde el Mesías de los aztecas residió bastante tiempo.

Los tlascaltecas habían atacado á la gente de Cortés con ardiente impetuosidad; Cholula, desde la sombra de sus santuarios, donde se quemaban gomas olorosas, les preparaba un golpe disimulado, una conspiración sigilosa, sorda, eclesiástica.

Minadas las calles para que al paso de los caballos se les clavasen estacas agudas; interceptado el suministro de provisiones, para debilitar al enemigo; acampado secretamente, fuera de la ciudad, buen contingente de tropas mexicanas, todo estaba en punto para el exterminio. A Cortés llegaban, no obstante, avisos de los aliados

zempoaltecas; pero el decisivo fué el de doña Marina, que en tan crítica ocasión actuó de numen tutelar de los españoles. Una beata de Cholula, cuya casa frecuentaban los sacerdotes que tramaban la conjuración, se hizo muy amiga de la Malinche, prendada de su ingenio y afabilidad, y la previno, ofreciéndole asilo seguro para el momento de la degollina proyectada. Doña Marina, inmediatamente, dió parte á Cortés, y éste respondió á la astucia con el disimulo, y á la perfidia con el rigor. Se ha censurado el castigo del "trato doble" de Cholula, tachándolo de cruel; y yo lo confieso: en las circunstancias que á Cortés rodeaban, entiendo que la palabra *crueldad* carece de sentido. En el pellejo de Cortés en Cholula quisiera yo ver á los historiadores que así se expresan, y también en su pellejo á Napoleón y Alejandro y á los más excelsos y clementes capitanes de la historia (si alguno hubo que en la clemencia se inspirase). Invito á reflexionar, por sucesos actuales, en lo que son estas

cosas, dentro de la realidad. El propósito —que un día ú otro, y en una ú otra forma, con menos gloria de fijo, se cumpliría— de sojuzgar aquellas naciones, acometido con tan escasos medios y fuerzas, da en fabuloso, y la comparación exacta que puede hacerse de Cortés en tal momento es la del domador que entra en la jaula de los leones ó tigres, y los ha de tener como fascinados y aterrados, pues dejando adivinar el más leve temor ó flaqueza, le devorarán. Si Cortés no hace lo que hizo en Cholula, los españoles serían, no sólo sacrificados, sino comidos, porque conviene no perder de vista ni un instante el género de peligro que amagaba á aquellos expedicionarios: estaban adelantándose por tierras donde justamente la crueldad organizada fué el eje de la vida política, social y religiosa: el país del corazón arrancado, de los cuerpos desollados, de los banquetes de Atreo.

Fingiéndose que iba á marcharse con sus tropas, Cortés reunió á los notables y á mu-

cha gente armada de Cholula; les preguntó si les había inferido algún agravio, y por qué urdían tan negra trama. Los de Cholula echaron la culpa á instigaciones de los méxicas. Sin más, Cortés ordenó el ataque, y los españoles acometieron á los de Cholula, haciendo en ellos espantosa carnicería. Bien pudieran los atacados intentar defenderse, pero se mostraron pasivos. Y entonces los aliados tlascaltecas, á su vez, entraron en la ciudad, que fué saqueada y en parte entregada á las llamas. El sello de la sangre afianzó la nueva alianza con estos indios, más bravos, al parecer, sobre todo en un principio, que los súbditos de Moctezuma.

Los procedimientos de la represión de Cholula son sin duda terribles para nuestra sensibilidad; y sin embargo, al curso de los siglos, no parece que hayan variado mucho en casos análogos, como lo prueban recientes sucesos, no sólo en el propio México, sino en toda Europa.

Dejando Cortés, después de promulgar

general amnistía, limpia y algo restaurada á Cholula, y hecha con ella alianza, siguió su ruta hacia México, donde Moctezuma, encerrado en el "palacio del luto", ayunaba y hacía penitencias por el desastre. No por eso omitió enviar nueva embajada á Cortés, ofreciéndose ya á pagar tributo al poderoso Emperador castellano. En aquellos días, Diego de Ordax había subido al temeroso volcán del Popocatepec, por lo cual le fué concedido poner un volcán en su escudo de armas; y á los ojos de los españoles se había ofrecido, desde la altura de Itualco, el fértil valle de México, salpicado de ciudades populosas. Como Cortés respondiese á la embajada que no desistía de llegar hasta Moctezuma, y que lo haría de todos modos, el hermano de Moctezuma, Cuilauzín, aconsejó la resistencia á todo trance, y el Emperador, delatando el fatalismo pesimista que le embargaba desde los comienzos de los acontecimientos, contestó:

—¿Qué hacer? Nuestros dioses mismos,

en vez de favorecernos, amparan á nuestros contrarios.

Y sin tomar otra determinación, limitóse Moctezuma á reproducir la embajada, con más esplendor y ceremonia, enviando esta vez de mensajero al Rey de Tezcoco á reiterar la súplica de que no entrasen en Tenoxtitlán los invasores, y respondiendo Cortés que estaba determinado á seguir adelante hasta avistarse con el Emperador.

Hollaban ya los españoles lo más rico y poblado del Imperio, encontrando á cada paso grandes ciudades, vegas de cultivo y arboledas. Iban tratando alianzas con caciques tributarios y descontentos, y se les sumaban fuerzas múltiples; pero también resaltaba más la flaqueza de las suyas, ante la inmensidad de la Conquista. Iztapalapa—unida á México por una calzada que cortaban canales, y donde mandaba ya el príncipe Cuilauzín, hermano de Moctezuma y partidario de que se hubiese rechazado por la fuerza la entrada de aquellos extranjeros—fué la última etapa del viaje

á la capital. El hermano del Emperador, no obstante sus opiniones, les acogió con gran afabilidad, les alojó en su palacio, les trató á cuerpo de rey, y no se opuso en modo alguno á que siguiesen la ruta. Y, al llegar á las puertas de la ciudad, vieron cómo el propio Moctezuma (honor nunca antes otorgado á nadie) salía en persona á recibirles.

Le precedían tres nobles, con alzadas varillas de oro; y, en una litera cubierta de placas de oro igualmente, y bajo parasol de verdes plumas, salpicadas de oro en chispas, traían al casi Dios, al soberano, que vestía aquel elegante traje, de griega traza, con que nos le muestran las pictografías auténticas: la mitra elevada sobre la frente, el manto anudado en pliegues grandiosos, y las bellas sandalias de oro y pedrería atadas con cintas de cuero. Doscientos señores, ataviados por el estilo, pero descalzos, á pie, y en fila doble, en muestra de respeto, le acompañaban. Bajóse Moctezuma de su litera; descabalgó Cortés; se

acercaron, y el español intentó abrazar al azteca; este abrazo entraba en sus planes y designios. Mas el Rey de Tezcoco y el señor de Iztapalapa, que servían de apoyo con sus brazos á Moctezuma, por ceremonial, impidieron la familiaridad, quedando reducida la aproximación á ponerle Cortés al cuello un sartal de cuentas de vidrio, y él á Cortés unos collares de nácar, con cangrejos de oro.

Al verificarse esta primer entrevista y entrar los barbudos en la capital del vasto Imperio, hacía siete meses que habían sentado el pie en tierra de Nueva España.



VI

MOCTEZUMA

El jefe de hombres á quien Cortés había querido tratar llanamente desde la primer entrevista—sin duda con el fin de mostrar que representaba á otro Soberano “sin igual en el mundo”—era el segundo de su nombre y el noveno de los monarcas méxicas.

El trono de México era electivo dentro de la dinastía, y no heredaban los hijos, sino los sobrinos ó hermanos. Moctezuma segundo sucedió á Guaizol, joven Emperador, muerto se sospecha que de veneno: “de algún bocado que le dieron en la guerra”, dice el cronista. Hechas las exequias